

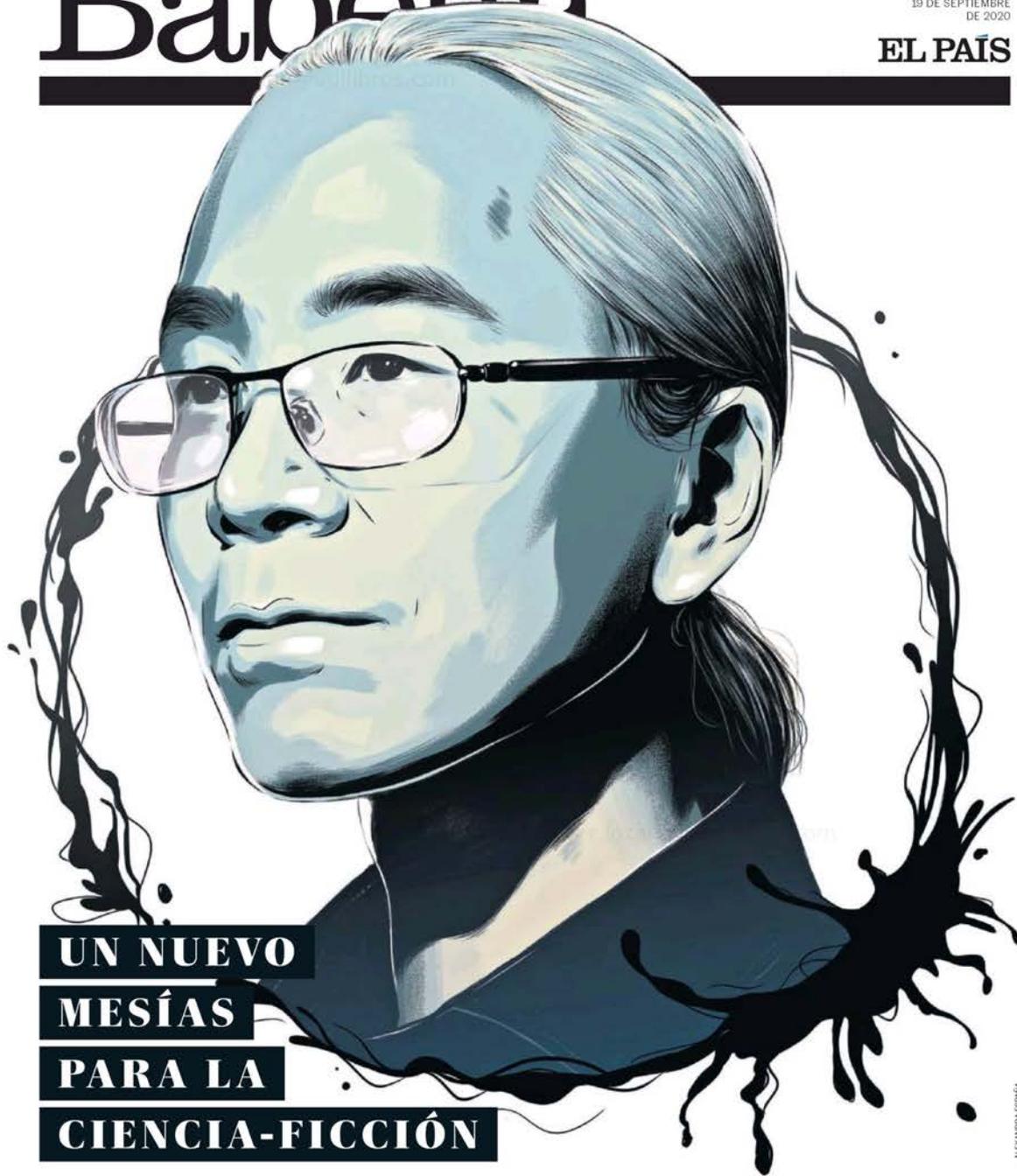
El libro de la semana. César Rendueles, contra la desigualdad y la meritocracia PÁGINA 7

Cine de remontaje. Triunfa el uso de material de archivo para crear nuevos relatos PÁGINA 12

Babelia

1.504
SÁBADO
19 DE SEPTIEMBRE
DE 2020

EL PAÍS

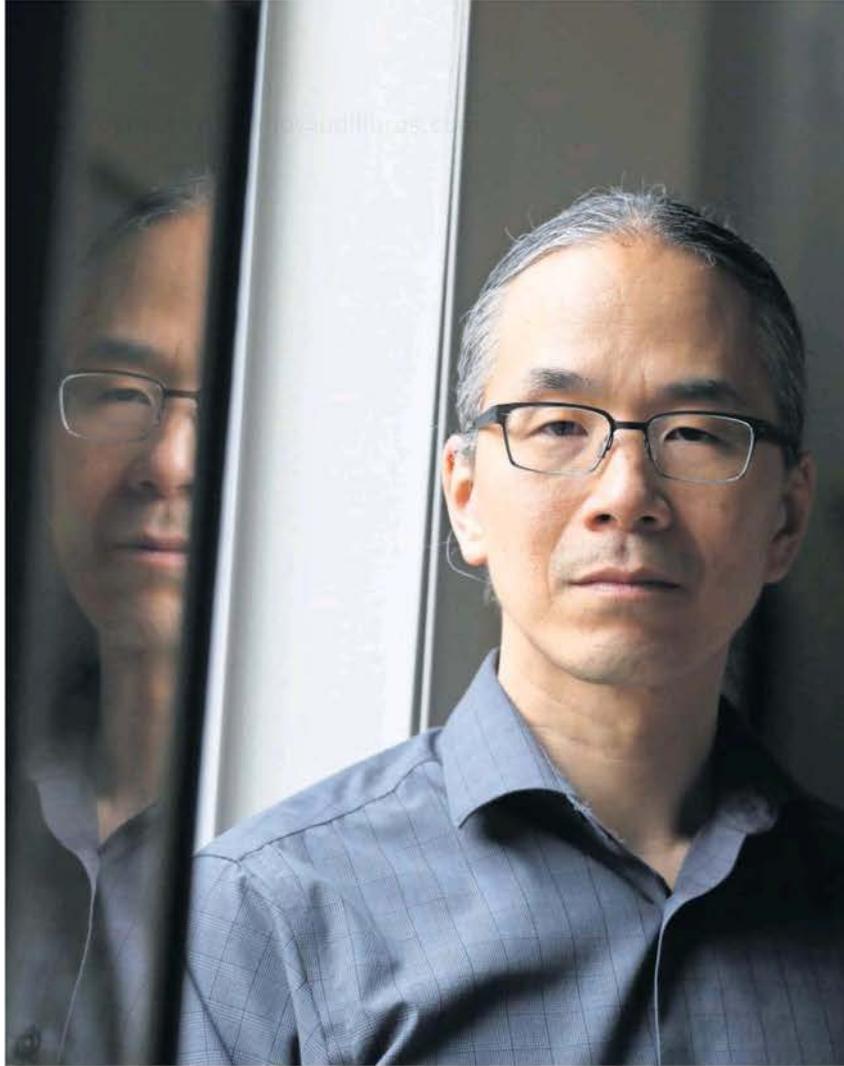


**UN NUEVO
MESÍAS
PARA LA
CIENCIA-FICCIÓN**

ALEXANDRA ESPINOSA

Solo ha escrito 19 relatos en 30 años. Uno de ellos se convirtió en *La llegada*, película que le hizo famoso. El nuevo libro de Ted Chiang lo consagra como un gran narrador de dilemas filosóficos

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSALACER PressReader.com +1 808 278 4604



El escritor estadounidense Ted Chiang. ALAN BERNER

Ted Chiang

“La ciencia-ficción hace creíble cualquier premisa de la filosofía”

Autor del relato que inspiró la película *La llegada*, el pope de lo fantástico especulativo (y redactor de manuales de *software*) repiensa la relación entre humanidad y tecnología en *Exhalación*, su segundo libro de cuentos en 30 años

POR LAURA FERNÁNDEZ

Descuelga el teléfono virtual en lo que parece su despacho, allá en el lejano y aún no tan frío Seattle. Hay una pared forrada de libros a sus espaldas. Lleva cascos, es por la mañana. Dice que empezó a escribir a los 11 años, después de leer a Isaac Asimov. Cuando se le pregunta si se considera más un filósofo que un escritor de ciencia-ficción, se ríe. No a carcajadas, porque todo en Ted Chiang (Nueva York, 53 años) es contención. Ha escrito apenas 19 relatos en 30 años, pero con todos ha dado en algún tipo de blanco. El mundo le conoce por lo que Denis Villeneuve y Eric Heisserer hicieron con uno de ellos. El libro se titulaba *La historia de tu vida* y ponía al ser humano contra las cuerdas del orden narrativo, y de su propia condición de máquina del tiempo. De eso iba *La llegada*, la película que protagonizó Amy Adams, en la piel de una heroína atípica que intenta comunicarse con una raza extraterrestre para la que no existe el tiempo. Todo para ellos ocurre a la vez, porque su lenguaje no comprende el pasado, el presente y el futuro. “No me consideraría filósofo, pero es cierto que escribo sobre cuestiones filosóficas. La ciencia-ficción es perfecta para eso. Hace atractiva y creíble cualquier premisa del pensamiento. Hoy el mundo leería más filosofía si, en vez de redactar tratados, los filósofos hubiesen escrito relatos de ciencia-ficción”, responde. El autor no teme la etiqueta. Ocupa la cima del género fantástico desde la publicación de su primer libro de relatos, en 2002, y se siente cómodo en esa condición tan altamente literaria que lo vuelve indistinguible de cualquier otro tipo de género, que lo convierte, en realidad, en un género en sí mismo, y a él, en el alumno más aventajado de Isaac Asimov. No cree que el término tenga nada de malo. “La ciencia-ficción es un género poderoso, nos abre camino. Explora la inevitabilidad del cambio”, dice.

Sus discursos son largos. Se detiene a pensar a menudo, se hace el silencio entonces, un silencio que tiende a romper con un “you” —pronunciado exactamente como se lee—, una muletilla que es como una pequeña base desde la que partir en otra dirección, o seguir sumergiéndose en la misma. Acaba de publicar *Exhalación* (Sexto Piso / Mai Més en catalán), su segunda colección de relatos. Tres de los nueve cuentos incluidos en ella ganaron en su momento el Premio Hugo. En total, y con tan solo los mencionados 19 relatos publicados, Chiang ha sido distinguido, entre otros, con cuatro Hugo, cuatro Nebula, seis Locus y el British Science Fiction Association Award. Es la primera vez que ocurre algo así. Que alguien con tan poca obra haya ganado tantos premios y supuesto semejante revolución. ¿Por qué escribe tan poco? “Oh, ojalá pudiera escribir más. Ojalá pudiera escribir con una mayor celeridad, pero me resulta imposible. Tardo meses, a veces, años, en desarrollar una idea. Me asaltan ideas todo el tiempo, pero solo me quedo con las que me atormentan. Las que vuelven una y otra vez. Entonces trato de encontrar la manera de convertirlas en un cuento”, respon-

“¿A qué escritor no le interesa la memoria? Somos lo que elegimos recordar”

“La pandemia demuestra que la gente no es tan mala como cree el cine de desastres. Nos ayudamos”

de. Es un proceso altamente artesanal. Pasa con esas ideas tanto tiempo que eso explica, dice, por qué escribiera siempre sobre lo que él considera “el lado bueno de la naturaleza humana”. “Quiero decir, tengo buenos y malos días, como todo el mundo. La política norteamericana me resulta, por ejemplo, descorazonadora, y me hace pensar en lo peor del ser humano. Pero no quiero pasar meses, ni años, que es lo que tardó en escribir mis relatos, como he dicho, pensando en lo peor del ser humano. Quiero pensar en lo mejor, porque la gente puede ser maravillosa. En cierto sentido luchó contra mi propia condición, porque siendo a ser cínico y pesimista. Supongo que la ficción es una especie de armadura que no me deja caer”, dice.

Con ascendencia china, Chiang estudió Informática y se dedica a redactar manuales de *software*. Hay un relato en *Exhalación*, ‘El ciclo de vida de los elementos de *software*’, que nos imagina criando a seres virtuales tan reales y autoconscientes como los androides de Philip K. Dick. “Me gusta Philip K. Dick, pero no he leído todos sus libros. En ese relato me pregunto cómo se hace una persona, y a la vez deconstruyo la idea del robot. Siempre me he preguntado por qué la ciencia-ficción ha creído que el robot o el androide es, de entrada, perfecto. Todos los relatos nos dicen que lo encargas a la fábrica, llega a tu casa, lo enciendes y ya es el perfecto mayordomo. Te obedece, es leal. No hace nada mal. Y encima tiene autoconciencia. ¿De veras hemos creído que podemos programar a una persona sin más?”, expone.

La memoria es, junto a la absurda y ególatra necesidad del ser humano de buscar otras civilizaciones fuera de este planeta —“cuando hay tantas en este planeta con las que comunicarse”, dice, refiriéndose a los animales—, uno de los temas centrales del libro, y de su obra. “¿A qué escritor no le interesa la memoria? Somos lo que elegimos recordar”, dice. El relato ‘La verdad del hecho, la verdad del sentimiento’, nació de una de esas ideas que volaban a su cabeza todo el tiempo. “Leí un artículo sobre una mujer que no tenía memoria episódica. Es decir, recordaba cosas, pero no en forma de escenas. Por ejemplo, sabía que estaba casada y que había ido de luna de miel a Hawái, pero no recordaba nada de esa luna de miel. Sabe que ha sido niña, pero no tiene ni un solo recuerdo de su infancia.

No podía quitármela de la cabeza. Y pensé en escribir sobre lo contrario, sobre poder llegar a recordarlo todo con exactitud. ¿Quién seríamos entonces? ¿Seríamos alguien?”, relata.

Sobre la actual pandemia —“oh, soy un afortunado, no tengo por qué salir de casa, así que no estoy expuesto, y tampoco tengo hijos de los que preocuparme”, dice—, asegura que no había forma de prevenir nuestro comportamiento, por más que la ciencia-ficción llevase años ensayando una situación parecida. “¿Y eso por qué? “Porque toda ficción tiende al drama, y siempre que se ha dado una plaga en alguna de ellas, todo va muy rápido: todo el mundo se contagia y todo el mundo muere. El real es un escenario más moderado, menos dramático. En la ficción, la sociedad colapsa al instante, y eso no es porque pensemos que sería así, sino porque los escritores están advirtiendo de la fragilidad de nuestro sistema, de la fragilidad del sentido de la civilización. Es un temor, no es una realidad. La pandemia nos ha enseñado que la gente no es tan mala como cree el cine de desastres, por ejemplo. Nos hemos ayudado, no estamos ayudando, y empezamos a ser conscientes de lo que verdaderamente importa, incluso en el ámbito laboral. Los trabajos que importan son aquellos que traen comida a casa y fabrican cosas y nos curan”, responde. En cualquier caso, considera, repite, que si hay “algo sobre lo que pretende aleccionarnos la ciencia-ficción es sobre que debemos estar abiertos al cambio”. No en vano, nació para tratar de explicar el futuro a las criaturas del pasado que éramos cuando estalló la Revolución Industrial. “Hasta entonces todo había sido previsible, a partir de entonces, todo era un misterio”, dice.

¿Y qué opina del auge de la ciencia-ficción china? ¿Por qué cree que a Occidente le interesa sobremanera estos días? “Por un lado, creo que es solo cosa del éxito que tuvo *La trilogía de los tres cuerpos*, de Cixin Liu. Económicamente como tendencia, supongo que es el nuevo *noir* escandinavo. Tan sencillo como eso. Por otro, creo que hay algo interesante en la nueva ciencia-ficción china que quizá también tenga algo que ver con esa pequeña ola, y es que es muy parecida a la ciencia-ficción de la edad de oro norteamericana, aquella ciencia-ficción triunfalista que soñaba con las estrellas y viajaba a las estrellas. Supongo que es un alivio ver que alguien sigue soñando cuando en Occidente se ve el futuro como lo plantea *Interstellar*, como un gran desierto sin esperanza. Lo que no tengo tan claro es que ese triunfalismo acabe siendo algo más que un gesto vacío, que es lo que será mientras no haya un gran *blockbuster* cinematográfico chino que llegue a todo el mundo. Y estoy hablando de cine. Cine chino de ciencia-ficción que sea popular en todo el mundo”, considera. Hablando de cine, ¿algún otro de sus relatos va a dar el salto a la pequeña o la gran pantalla en breve? “Hay algo en marcha, pero no he firmado nada aún, así que no lo sé”, contesta. Sigue siendo por la mañana en Seattle, es un día de principios de septiembre, ¿le da vueltas a alguna idea en estos momentos? “Siempre lo hago, pero a veces, la idea desaparece, así que mejor no hablar de ella”.

NARRATIVA

El humanista de la deshumanización

Los cuentos de *Exhalación* son una profunda reflexión sobre asuntos como la ética de las máquinas, el libre albedrío o la fragilidad de la memoria

POR JAVIER APARICIO MAYDEU

Nadie quiere pasarse la vida formulando preguntas y filtrando resultados”. No es cierto. Ted Chiang sí, y es lo que hace en sus cuentos, cercanos a la especulación y la conjetura, dispuesto a lanzar hipótesis y consignar los corolarios que se desprenden de las sugestivas propuestas que ofrece su mente. Al aclamado autor e informático neoyorquino le interesa abordar los conflictos éticos y etológicos que se desprenden de la relación entre el hombre y la máquina, no a la manera de los textos agoreros como el alarmista *Yo, robot*, de Asimov, o *2001. Una odisea del espacio*, de Arthur C. Clarke, y su rebelde computadora Hal, sino desde la serena óptica del científico que no pretende desarrollar un drama distópico, sino plantear su contingencia a la vez que reflexionar sobre la forma en que alteraría el orden natural de las cosas.

Su interés por el efecto que produce en el hombre la sofisticación tecnológica trae a la memoria algunos libros de J. G. Ballard, y su estilo camaleónico es capaz de parecer ensayo, reportaje, plegaria o cuento. Fluctúa en el volumen la literariedad de su literatura, de modo que algunos textos se acomodan al modo de hacer borgesiano, presentando la ficción como hija de la realidad y el ensayo, y otros eligen una imaginación más desatada. Desde luego Chiang no es prolífico —apenas una veintena de relatos en tres décadas—, pero sin duda no es banal, y por las venas de su literatura multiforme y experimental, que se nutre del hibridismo entre pensamiento y creatividad, corre mucha filosofía, y no precisamente barata. Que haya incluido en el volumen notas acerca del origen y de la composición de los relatos no hace sino subrayar el talante ensayístico de su ficción, a cuya calidad no le conviene la adscripción a género alguno.

“El comerciante y la puerta del alquimista” trastorna el tema clásico del viaje en el tiempo que asociamos a H. G. Wells. “La niñera automática, patentada por Dacey” se disfraza de crónica periodística que plantea cómo sería posible mejorar la educación de los niños sirviéndose de las máquinas convirtiendo autómatas en pedagogos. Un nuevo *Emilio*, de Rousseau, con ecos del género gótico y del horror cotidiano del maestro Lovecraft, al que cita en ‘Lo que se espera de nosotros’. En ‘La verdad del hecho, la verdad del sentimiento’ se discurre acerca

de la memoria, y a *Fines del memorioso*, de Borges, tal vez le hubiese encantado disponer de Remem, el *software* que permite disponer de una memoria hipermnésica y exenta de las fantasías del recuerdo o la intoxicación de lo factual por lo emocional. Una memoria artificial puede mejorar los recuerdos, pero desvirtuarnos o malograr nuestro sosiego vital, al fin y al cabo el pasado no es sino como uno lo recuerda y, como escribió Margaret Atwood en *El cuento de la criada*, “una gran tiniebla llena de resonancias”. Un androide confiesa en ‘Exhalación’ haber descubierto el delicado secreto de su existencia, entre la mecánica y la metafísica. Se esboza una civilización en el laboratorio de sus 20 páginas y sobrecoge la conciencia que esa civilización puede alcanzar a tener de su propia futura extinción. El Prisma de ‘La ansiedad es el vértigo de la libertad’ es un artilugio adictivo que permite relativizar las decisiones del individuo devaluando su alcance moral. Lo que se espera de nosotros, escrito con la precisión de un silogismo, se vale de la invención de otro novicio *gadjet*, el Pronostic, para jugar a desmentir la existencia del libre albedrío. Chiang ha querido darle al texto la forma de un aviso a navegantes que no desperdicia la ocasión de contribuir a la crítica de nuestra civilización: “Finjan que tienen libre albedrío. Es esencial que se comporten como si sus decisiones contaran. Ahora la civilización depende del autoengaño”.

También ‘Ónifalo’ es toda una cosmogonía a la vez que una disquisición sobre el creacionismo y el modo en que ciencia y religión están condenadas a convivir, se ocupa del libre albedrío, “cuando tomamos una decisión provocamos un resultado que no puede reducirse al funcionamiento de las leyes de la física. Cada acto de volición es, como la creación del universo, una causa primera (...) La ciencia no es la búsqueda de la verdad. Es la búsqueda

de un propósito”. En ‘El gran silencio’, donde las ideas vuelven a pesar más que las tramas, el interés por el contacto humano con inteligencia alienígena entronca con *Solaris*, de Stanislaw Lem, pero Chiang desafía la tradición y sustituye el cosmos por un papagayo. ‘El ciclo de vida de los elementos de *software*’ se inventa una mascota digital, el Digiente, para debatir si es preciso instituir un código ético para lidiar con la inteligencia artificial.

En una órbita distinta de la envergadura de proyectos como el de la serie *Canopus en Argos*, de Doris Lessing, o del *Ciclo de Hainish*, de Ursula K. Le Guin, los relatos de Chiang resultan tentativas de construcción de textos mayores que no es preciso concebir: brillantes ejercicios de ficción especulativa alrededor de la tecnología como inductora de un pensamiento crítico acerca de cómo los seres humanos reaccionamos ante nuestras propias conquistas, la tecnología que nos cuestiona y nos reinventa mientras tratamos de no olvidar “la maravilla que constituye la existencia”. El humanista de la deshumanización.

Exhalación

Ted Chiang

Traducción de Rubén Martín Giráldez
Sexto Piso, 2020
348 páginas, 22,50 euros